



Entrelíneas

El Vallejo que ríe, ríe mejor

UNA CRÓNICA

Su pretender camuflarse en Verliac, ese personaje de Brecht que en el decurso de su epinimio paródico generaliza: "Porque él el Chefo Vallejo de lazo y le meto tal impresión de desbuena que lo convierte en Velt Whitman", creo que es posible encontrar un Vallejo que vive más allá de la leyenda de hombre oscuro, desgarnido y melancólico.

Quizás el mismo contribuyó a forjar esa imagen que en las primeras décadas del siglo XX tan bien le venía a un poeta, más a uno que habitaba en mala de la tierra peruana y terminaba siendo poeta en el París de las vanguardias. El riguroso negro de su vestimenta parece hoy un recurso un tanto excesivo, formal, con el cual inevitablemente participó del festejo de la beatitud oficial de la época. Pero Vallejo del café francés, le miraba en el vidrio y el punto pupilar le sacaba en retarda que nos muestra la foto que, en 1928, le tomó en Versalles su amigo Juan Domingo Córdoba, o el retrato, pétreo y melancólico que dibujó Picasso.

Pero el mismo Córdoba nos entrega detalles de un Vallejo invertido, alegre y que gustaba de ir a bailar en Les Noctambules y en el Cypri del Barrio Latino, en París. Un Vallejo que antes de salir de peruana se miraba una y otra vez en el espejo, se alaba el pelo y las sacaba brillo a los zapatos, dispuesto a salir a la conquista mundial. Ligero de lengua, como no, divertía a todo el mundo con sus anécdotas pícaras y se hacía imprescindible para la comedia de sus colegas. En definitiva, un Vallejo que no se formaba de adelante en serio.

Pero ha sido la crítica la que más ha contribuido a exaltar el lado público, enfático de su persona y también de su obra, dimensiones que en el poeta peruano — cuerpo y texto — resultan imposibles de separar. Un poeta de

miopía, un poco de mala intención, un poco de Sojira lleva consigo casi exclusivamente en el fatídico vallejano un adoso a cada símbolo de su rima múltiples expresiones, como: "solimón", "monedón", "delinillón", "aplicaco", "tasolito", "tragaco". Así, el juego en este natural de Santiago de Choro no es un juego cualquiera, es un juego cómico o trágico o ésta mezcla el que más le sacara. Lo mismo para su formal o para su esotismo o para su simple formal.

Ese latido agobiante, quejumbroso, choco de frente, sin embargo, con lo mejor de su poesía, aquella que muestra un Vallejo antes al momento de mudarse sus versos, un poeta de acción y no de reacción, un innovador, lo que requiere, por cierto, como poca vitalidad o de gustarle la vida momentáneamente. Cuando a partir de Trilce, Vallejo decide despojarse del astro del modernismo y jugar sus cartas contra la seriedad y la sintaxis tradicionales, su poesía se vuelve lírica, herética, con tal libertad asociativa, tal variedad de sorpresas, tal seriedad pragmática, que el autor nos parece un niño. Pero no es niño ingenuo, estándar, sino más bien un recurso de burla, hiperséxico y sutilista que prefiere vivir a la deriva en vez de representar el papel del vate formalista, del guía, del visionario, del portavoz de Novada, por decirlo claro.

Pero incluso en el impensado dualismo de Los heraldos, según nos encontramos ya con ciertos fragmentos que resultan juveniles, como la de esos burlas de las «Nostalgias impudicas» que el calor de la tarde van creyéndose satíricas. Y al fin el recurso de la



linda esta poética desde su primera obra, es en los poemas Formas humanas que expresa con mayor consistencia su parte clásica, jugueteo, pingülla, como cuando al referirse al hombre genérico, aquel objeto de culto de los grandes discursos ideológicos, el Chefo sentencia: "el sabe que le quiere, que le vea esa abeja y me es,

en serio, indolente". Los ceratopos fragmentos son sorprendentes, su lenguaje es lírico, anticlásico, lleno de giro satírico; Vallejo es el primer antipoda del continente. Que el dolor crezca en el mundo a treinta minutos por segundo o que el ser negro crezca una cantidad enorme de dinero hacia un mundo paradójico con el que el autor peruano sabía jugar el peso de una verdad amarga. Así, los poemas tristes de Vallejo no abren nunca a la vida ni al desarrollo sentido del hombre.

Por un solo caso. Como dice Claret respecto al suicidio, en Vallejo el hecho mismo de nombrar y volver, bajar el dolo se convierte en una forma de vencerlo cuando el autor de España, aparte de su este café habla de la doneta, para lo demuestra la vigencia de su obra, su perdurabilidad. Por eso sí que nos da que lo que Claret Palma le escribió para rechazar la publicación de "El poeta a su amado" en una su obra, su destino y hasta su credulidad, porque ya sabemos que Vallejo no se divertía a acordeón o a la ocurrencia como le sugiere Palma y que los trojillos, lejos de echarse loco y arrojarse a la línea del firmavil, lo reconocen como su hijo más querido. En cambio, Clemente Palma es hoy sólo el hijo de Ricardo, el autor de los Tradiciones peruanas. Y aquel que escribió esa gracia está dentro César Vallejo.

El Vallejo que ría, ríe mejor [artículo] Luis López-Aliaga.

Libros y documentos

AUTORÍA

López-Aliaga, Luis, 1966-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Vallejo que ría, ríe mejor [artículo] Luis López-Aliaga. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile